

MIGRACIONES EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL: POBLACIÓN, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Enrique Viaña

Universidad de Castilla - La Mancha

La explicación de los flujos migratorios ha intrigado en todas las épocas. En la actualidad, la teoría neoclásica busca esa explicación en las diferencias salariales mientras que las teorías institucionalistas lo hacen en rupturas del equilibrio interno de las sociedades emisoras de esos flujos. Resolver este debate teórico apelando a los hechos parece difícil, dado que los flujos reales aparecen mediatizados por políticas de inmigración fuertemente restrictivas en los países de acogida. Teniendo en cuenta esa limitación, el presente artículo pretende aportar evidencia no formalizada, y por tanto no concluyente, sobre el asunto, para la cuenca del Mediterráneo occidental.

Palabras clave: migraciones internacionales, economía regional, relaciones euromediterráneas.

1. INTRODUCCIÓN

Hubo un tiempo en que gentes de todas las naciones bárbaras aflúan en masa a las fértiles tierras que rodean el Mediterráneo. Procedían sobre todo de la Germania, región de contornos imprecisos que se extendía al Este del Rin y al Norte del Danubio. Preguntándose por la causa de que los pueblos de esa región fueran tan prolíficos y a la vez tan incapaces de sustentar a sus vástagos, que estos se veían obligados a emigrar en masa a la antigua Romania, Pablo Diácono avanzó en el siglo VIII una singular explicación. En su opinión, los pueblos de regiones septentrionales, bendecidas por las nieves, registraban una mortalidad infantil más reducida que los meridionales, sometidos a los rigores del sol y más expuestos a toda clase de pestilencias; sin embargo, los pueblos mediterráneos, dotados de una economía agrícola, superior a las formas de vida seminómada de los germanos, estaban en disposi-

ción de alimentar a una población más numerosa¹. Muchos demógrafos concederían que se trata de una hipótesis bastante razonable, incluso para las exigencias científicas del presente.

Hoy en día, los flujos migratorios vuelven a hacer acto de presencia, si bien las gentes se desplazan ahora en sentido contrario: del Mediterráneo a la Europa septentrional. En la guerra de 1914-1918, los españoles empezaron a emigrar a Francia; este proceso se prolongó durante el período de entreguerras. Después de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo tras la constitución de la Comunidad Europea, italianos, españoles y portugueses emigraron en gran escala a Francia, el Benelux, Alemania y Suiza. La década de 1970, de crisis en todo el mundo desarrollado, trajo el estancamiento, primero, y luego una inversión de los flujos migratorios, con el retorno obligado de gran parte de los emigrantes. Los decenios de 1980 y 1990 han registrado un fenómeno completamente nuevo, cual es la rápida transformación de los países europeos del Mediterráneo occidental en típicos *países de inmigración*, con la acogida de flujos procedentes del mundo en vías de desarrollo². Gran parte de estos flujos utiliza a tales países como etapa de tránsito en su desplazamiento a la Europa septentrional; pero una parte sustancial se instala definitivamente en aquéllos, lo que está provocando su paulatina conversión en sociedades multiétnicas y pluriculturales.

En estas páginas, se intenta arrojar alguna luz sobre el fenómeno, sus causas y sus perspectivas. En el apartado siguiente, se tratará de fijar los contornos del problema, con especial atención a las teorías propuestas para explicar sus causas, teniendo en cuenta las dificultades que representa la insuficiencia de datos disponibles. A continuación, se proporcionará datos relevantes para valorar la importancia potencial de los flujos migratorios en el Mediterráneo occidental.

2. DIMENSIONES DEL PROBLEMA

Intentar la cuantificación de los flujos inmigratorios en Europa meridional es tarea aventurada, si no completamente imposible. Resulta difícil siquiera hacerse una idea aproximada del número de inmigrantes en un momento dado.

Para el caso de España, un estudio de Cáritas Española publicado en 1987 cifraba los inmigrantes en un millón doscientos mil, sumando residentes legales e ilegales. En 1989, el Colectivo IOE, sobre la base de datos oficiales y de una encuesta propia, estimó el total de inmigrantes en 484.000 con residencia legal y 294.000 clandestinos; 778.000 en total³. Después de la regularización de 1991, la Dirección General de Inmigración estima que el total de inmigrantes ha quedado fijado en ochocientas mil personas. De ese total, un 15 por 100 procede de los países del Magreb (sobre todo, Marruecos); esa

(1) Paolo Diacono (1988).

(2) Por lo que respecta al caso de España, este proceso está descrito en Castaño y Viaña (1995).

(3) Prada (1990).

proporción supera el 25 por 100 cuando se trata de inmigrantes clandestinos. Sin embargo, caben dudas razonables de si estas cifras, sumadas a las nuevas residencias legales concedidas desde entonces, representan fielmente la situación cuatro años después⁴.

En el conjunto de los países hoy integrantes de la Unión Europea, el Magreb y Turquía aportan, casi a partes iguales, más del 80 por 100 de la inmigración procedente de países mediterráneos. Mientras la inmigración turca se ha concentrado en Alemania, la magrebí lo ha hecho —por este orden— en Francia, Bélgica, Holanda y, sólo detrás de Alemania, España⁵.

A pesar de las disposiciones adoptadas en el convenio de Schengen, es muy probable que la inmigración clandestina rebase todos los cálculos. El Estrecho de Gibraltar parece el mayor obstáculo, con frecuencia superado por «pateras». Una vez en territorio de la Unión Europea, las situaciones de clandestinidad se ven favorecidas por la existencia de comunidades étnicas de inmigrantes que se apoyan entre sí y por una demanda nada despreciable de trabajo negro⁶. Con respecto a lo primero, el desplazamiento desde los países de tránsito a los de destino permite la utilización repetida del mismo permiso por distintas personas, sin demasiados riesgos. En cuanto al trabajo clandestino, a menudo se desempeña para empresarios inmigrados, de la misma etnia que el empleado, sólo que con residencia legal: esta dinámica da lugar a verdaderas «sociedades paralelas» dentro de la sociedad europea de acogida. Con todo, semejante mercado de trabajo no sería rentable si su actividad no terminará lucrando a empresarios autóctonos.

En términos generales, dos teorías alternativas compiten entre sí por dar una explicación de los flujos migratorios internacionales y proporcionar predicciones de su evolución futura⁷. Por una parte, están los modelos basados en la teoría clásica del comercio internacional, en los que se asume que los movimientos personales entre espacios económicos diferenciados están motivados por la expectativa de percibir ingresos superiores en el lugar de destino a los del lugar de procedencia; dicha expectativa puede ponderarse por la diferencia de probabilidad de encontrar empleo en los dos lugares (que dependerá, lógicamente, de la tasa de desempleo en ambos). Así, la decisión de emigrar se tomará cuando la expectativa de incremento de renta, de este modo estimada, supere a los costes del desplazamiento. Según tales modelos, los flujos migratorios tienden a reducir el producto marginal del trabajo —y, por tanto, el salario real— en el espacio de acogida, al tiempo que lo elevan en el espacio de origen; con lo que el salario real tenderá a ser el mismo —excepto en lo que justifiquen los costes de desplazamiento— en los dos espacios.

(4) La situación es similar en otros países de la Europa meridional.

(5) Callovi (1990).

(6) Solé (1995).

(7) Tapinos (1974). Un intento reciente de presentar un modelo econométrico de síntesis puede encontrarse en Sáez (1995).

Por otra parte, están los modelos de corte institucionalista, que insisten en que el equilibrio interno de una economía nacional no puede dissociarse del de las instituciones de su sociedad civil y de pautas culturales y consuetudinarias; y en que éste depende, a su vez, del equilibrio demográfico. Roto el equilibrio entre población y modos tradicionales de subsistencia, las instituciones locales (familia, comunidad agrícola) se muestran incapaces de mantener inserto al individuo en la sociedad civil y el proceso de emigración aparece como algo inevitable. Y, cuando la ruptura del equilibrio económico-demográfico se extiende a todo un país, la movilidad interna inherente a este proceso encuentra por lo general una extensión más allá de las fronteras nacionales⁸.

La ausencia de datos fiables, en cuanto a flujos migratorios, dificulta la contrastación de qué modelos son más adecuados para describir las migraciones en el Mediterráneo occidental. Si lo único que se conoce es el aumento neto de permisos legales de residencia en los países europeos del área, aumento que está determinado más por la política de restringir la inmigración que por las tendencias naturales del fenómeno, entonces se conoce realmente muy poco⁹. No hay forma razonable de decidir si el inmigrante ha tomado su decisión como consecuencia de un cálculo económico reductible a diferenciales de renta, o si los factores en juego son más amplios.

Suponiendo que intervinieran otros factores, además de los diferenciales de renta, a continuación se trata de realizar una enumeración no exhaustiva de los mismos, así como de efectuar una evaluación de su potencial migratorio.

3. DESEQUILIBRIOS REGIONALES

De todas las fronteras naturales del mundo, probablemente ninguna marca diferencias sociales tan pronunciadas como el Mediterráneo occidental. Para verificar este aserto, basta con consultar la clasificación, según niveles de *desarrollo humano*, propuesta por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en su informe de más reciente publicación¹⁰.

Elaborado con tres tipos de indicadores (esperanza de vida, acceso a la educación y renta per cápita), el índice de desarrollo humano (IDH) pretende dar una imagen amplia del bienestar de que goza una sociedad; es discutible, desde luego, pero permite ordenar a la comunidad internacional según tres elementos de importancia nada despreciable. De acuerdo con el IDH, la ribera noroccidental del Mediterráneo incluye las siguientes posiciones de rango mundial: España (9), Francia (8) e Italia (20); a este grupo convendría añadir Por-

(8) Tapinos (1994) y Massey (1988).

(9) Datos recientes, para el caso de Italia, revelan que la inmigración legal en este país rebasaba ligeramente las 600.000 personas a 31 de diciembre de 1994. Lo llamativo, sin embargo, es que el número ha venido aumentando regularmente en los últimos años a razón de 40.000 personas/año: clara manifestación de un flujo migratorio severamente regulado. Véase Bonifazi (1995).

(10) PNUD (1995).

tugal (36), que no es un país propiamente mediterráneo pero sí de la Europa meridional, y Malta (34), que no tardará en pertenecer a la Unión Europea.

En la ribera sudoccidental, están los siguientes países: Libia (73), Túnez (75), Argelia (85) y Marruecos (117); a este grupo convendría añadir Mauritania (150), por lo general incluido dentro de la unidad geográfica de Magreb. Treinta y siete puestos separan el país europeo menos desarrollado (Portugal) del más desarrollado de los magrebíes (Libia), y nada menos que ciento cincuenta median entre el europeo más desarrollado (Francia) y el que lo está menos entre los norteafricanos (Mauritania). La clasificación entera incluye a 178 países.

Los cinco países europeos totalizan una superficie de escamente 1.450.000 Km.²; los cinco norteafricanos superan los 5.750.000 Km.² La población está mucho más concentrada en el norte: 164 millones frente a 67, una proporción de 2,5 a 1 (en 1992). Lógicamente, la densidad demográfica resulta ser mucho más elevada en el norte, 8 veces superior: 113 habitantes por kilómetro cuadrado frente a 12.

Sin embargo, la perspectiva se ve modificada, hasta cierto punto, cuando se constata la evolución temporal de la población. En 1960, la población de los cinco países europeos ascendía a 135 millones; para el mismo año, la población de los cinco países norteafricanos se estima en 28 millones: una proporción de 5 a 1. La proporción se ha reducido, así pues, a la mitad, como consecuencia del crecimiento a una tasa anual media, acumulativa, del 0,6 por ciento para Europa meridional y del 2,7 por ciento para el Magreb.

Para el 2000, con la población de los cinco países europeos prácticamente estancada en 166 millones, la de los cinco norteafricanos habrá ascendido a 80 millones, con una proporción muy próxima a 2 a 1, y reduciéndose. Estimaciones demográficas de la División de Población de las Naciones Unidas (UNPOP) y del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) prevén que Libia duplicará su población de 1992 en el 2012, Mauritania en el 2019, Argelia en el 2023, Marruecos en el 2025 y Túnez en el 2028. Lo cual significa que, si en 1960 había cinco europeos meridionales por cada norteafricano, antes de un cuarto de siglo a partir de hoy, habrá tan sólo cuatro de aquéllos por cada tres de éstos.

El cuadro 1 permite apreciar las diferencias de evolución entre las dos riberas del Mediterráneo, tanto en esperanza de vida como en tasas de fecundidad.

Entre 1960 y 1992, la esperanza de vida al nacer ha crecido en ambas orillas del Mediterráneo occidental, pero con mayor intensidad en la ribera Sur. Mientras en la ribera Norte se ha ganado un promedio de 8 años de vida (de 69,1 a 77,1), en el Magreb esa ganancia supera los 18 años (de 46,7 a 65,0).

Por lo que respecta a la tasa de fecundidad, o número de hijos por mujer llegada a la edad fértil, ha decrecido en toda la región. Pero lo ha hecho algo más intensamente en la ribera europea: de un promedio de 2,7 hijos en 1960, se ha pasado a 1,4 en 1992; mientras, en la ribera africana se pasaba de 7,2 a 4,2. En términos porcentuales, la diferencia no es sustancial (46 por 100 de reducción frente a 42 por 100); lo importante, sin embargo, es que la bre-

Cuadro 1
ESPERANZA DE VIDA AL NACER Y TASAS DE FECUNDIDAD
(1960-1992)

	Esperanza de vida 1992	Índice (1960= 100) 1992	Tasa de fecundidad 1992	Índice (1960= 100) 1992
Portugal	74,6	118	1,6	52
España	77,6	112	1,2	43
Francia	76,9	109	1,7	61
Italia	77,5	112	1,3	54
Malta	76,1	111	2,1	60
Libia	63,1	135	6,4	91
Túnez	67,8	140	3,2	44
Argelia	67,1	143	3,9	59
Marruecos	63,3	136	3,8	53
Mauritania	51,5	146	5,7	83

Fuente: UNPOP.

cha sigue siendo considerable: cada mujer magrebí llegada a la edad fértil alumbra, en promedio, 2,8 hijos más que la europea meridional.

Generalmente, se admite que la tasa de fecundidad que garantiza el reemplazo generacional en los países desarrollados es de 2,1 hijos por mujer llegada a la edad fértil¹¹. En el Magreb, la tasa de reemplazo es algo más elevada: 2,4 hijos por mujer (oscilando entre los 2,2 hijos necesarios en Túnez a los 3,1 que precisa Mauritania, debido a mayores tasas de mortalidad infantil).

En 1992, excepto Malta, que se mantiene en lo que es estrictamente la tasa de reemplazo generacional, todos los países de la Europa meridional están sensiblemente por debajo de esa tasa; en conjunto, cada mujer llegada a la edad fértil alumbra un promedio de 0,7 hijos *menos* de lo necesario para el reemplazo generacional (oscilando entre los 0,4 hijos *menos* que registra Francia y los 0,9 *menos* de España). En la ribera Sur, por el contrario, la mujer magrebí está alumbrado 1,8 hijos *más*, por término medio, de lo necesario para el reemplazo generacional (oscilando entre 1,0 hijos *más* en Túnez y 3,9 hijos *más* en Libia).

De los datos expuestos se desprende un cuadro bastante claro. Por una parte, la población de la Europa meridional está prácticamente estancada, en

(11) El razonamiento es el siguiente: por causas biológicas nacen 107 varones por cada 100 mujeres; además, cierta proporción de las nacidas vivas no alcanza la edad fértil. Este último dato depende de las tasas de mortalidad a distintas edades. En la actualidad, unas 20 niñas de cada 1.000 no alcanzan la edad de convertirse en madres. Por consiguiente, 98 mujeres deben dar a luz a 205 nacidos vivos, lo cual se aproxima al promedio de 2,1 hijos por mujer en edad fértil.

la medida en que lo que debería crecer por efecto de lo que sus habitantes ganan de esperanza de vida a cada momento que pasa, se pierde por efecto de que cada vez nacen menos niños (y, por consiguiente, menos mujeres capaces de procrear). La consecuencia es el conocido «envejecimiento» de la población.

En cambio, en el Magreb la perspectiva es la contraria. No sólo hay más habitantes porque los nacidos viven más (nada menos que 18 años más, en el lapso de los últimos treinta años), sino también porque cada vez nacen más niños (y entre ellos, niñas que serán madres a su vez). Esta expansión demográfica se mantendrá mientras la esperanza de vida pueda continuar aumentando y mientras la tasa de fecundidad (4,2 hijos en 1992) se mantenga por encima de la de reemplazo generacional (2,4). En este caso, la población tiende a mantener un fuerte componente juvenil: se estima que el 30 por 100 será menor de 15 años, desde el presente hasta el 2025¹².

4. EL ROL SOCIAL DE LA MUJER¹³

El descenso de la tasa de fecundidad, desde los niveles tradicionales en el mundo árabe —superiores a 7 hijos por mujer llegada a la edad fértil— hasta los niveles medios que el Magreb registra en la actualidad, o, más aún, hasta niveles comparables a los de la Europa meridional, está relacionado, como es lógico, con cierto grado de planificación familiar. A comienzos de la década de 1990, más de dos tercios de las mujeres europeas usaban anticonceptivos, frente a algo menos del 50 por 100 entre las magrebíes. Ahora bien, en el fondo la cuestión remite a cambios institucionales que atañen al papel social de la mujer.

El acceso de la mujer a la educación es el primero de estos cambios; el dato es relevante por cuanto que el aumento de la tasa de escolarización femenina, en todos los niveles educativos, tiende a retrasar la edad media a la que la mujer contrae su primer matrimonio. En la Europa meridional, prácticamente todas las niñas de 6 a 11 años están escolarizadas; casi el 80 por 100 cursa estudios secundarios entre los 12 y los 17 años; y alrededor de un tercio estudia carreras universitarias. Los aumentos de las tasas de escolarización han retrasado la edad media a la que la mujer contrae matrimonio, desde los 22-25 años que, según países, se registraba en 1970, a los 26-27 años registrados en 1990. En el Magreb, por su parte, las disparidades son notables: en países como Libia, Túnez o Argelia, la tasa femenina de escolarización primaria se acerca al 100 por 100; mientras que en Marruecos y Mauritania no alcanza el 50 por 100. La de escolarización secundaria supera el 50 por 100 en los primeros tres países, mientras que es del 30 por 100 en Marruecos y del 20 por 100 en Mauritania. En cuanto a la tasa de matriculación en la enseñanza universitaria, supera el 30 por 100 en Libia; se mantiene en-

(12) Lesser (1993, pág. 9).

(13) Los datos de este apartado están extraídos de los Anexos estadísticos al capítulo 2 de PNUD (1995, págs. 59-79).

tre el 10 y el 15 por 100 en Túnez, Argelia y Marruecos; y no llega al 4 por 100 en Mauritania. Los progresos en este ámbito han demorado el primer matrimonio de la mujer magrebí, desde los 18-20 años, que prevalecían en 1970, a los 23-25 registrados en 1990. Es llamativo que Libia registra tasas de escolarización, para todos los niveles educativos, y una edad de contraer la mujer su primer matrimonio, que están bastante próximas a las de Europa meridional; no obstante, eso no ha impedido que la tasa de fecundidad en ese país sea la más elevada del Mediterráneo occidental (6,4 hijos por mujer), muy cerca de los registros tradicionales del mundo árabe.

El segundo de los cambios socioinstitucionales que afectan a la mujer es su incorporación a la vida económicamente activa. En la Europa mediterránea, los niveles de participación de la mujer en edad de trabajar en la población activa son bajos, comparados con los de los países nórdicos y de Europa oriental (con más del 50 por 100 de mujeres mayores de 15 años incorporadas a la vida económica). Así, en 1994 las tasas más elevadas han correspondido a Francia (44 por 100) y Portugal (39 por 100), Italia ocupa un lugar intermedio (30 por 100), y España y Malta mantienen las tasas más reducidas (22 por 100). En el Magreb, éstas últimas se ven superadas por Túnez (26 por 100) y Mauritania (25 por 100), y prácticamente igualadas por Marruecos (21 por 100); en cambio, Argelia (8 por 100) y Libia (9 por 100) se mantienen en cotas muy bajas.

Aunque los factores indicados no terminan de dar una explicación completa de las altas tasas de fecundidad que prevalecen en el Magreb, algunos extremos sí parecen claros. En primer lugar, hay pocas dudas de que los altos niveles de escolarización de la mujer en Libia no se han traducido en su masiva incorporación a la vida económicamente activa; la alta tasa de fecundidad reflejaría así el dominio social que todavía ejerce la cultura islámica tradicional. En el extremo opuesto se sitúa Túnez, con la tasa de fecundidad más reducida del Norte de África; resultado, al parecer, de altas tasas de escolarización combinadas con una participación de la mujer en la vida económica que es superior a la de España: en aquel país, caídas ulteriores en la tasa de fecundidad quizá dependen solamente de una mayor difusión de los anticonceptivos.

En Argelia, un alto grado de escolarización femenina ha coincidido con un notable retraso en la incorporación de la mujer a la población activa; en Marruecos, por el contrario, una baja tasa de escolarización femenina no ha impedido que la mujer trabaje casi tanto como en España. En ambos casos, la desigual profundidad de los cambios socioinstitucionales se ha combinado de forma simétrica para dar como resultado tasas de fecundidad que son sensiblemente iguales. A su vez, Mauritania parece seguir las pautas de Marruecos, aunque con un marcado retraso.

5. MIGRACIONES INTERNAS

El aumento demográfico redundaba en una presión más intensa de la población sobre los recursos para alimentarla. El cuadro 2 refleja dicho efecto.

Cuadro 2
PRESIÓN DEMOGRÁFICA SOBRE LOS RECURSOS, 1992-2000
(MILES DE KM.², MILLONES DE HAB. Y HAB./KM.²)

	Superficie Densidad ec. cultivable	Población 1992	Densidad ec. 1992	2000	Población 2000
Portugal	32	9,8	309	9,8	309
España	199	39,5	198	39,8	200
Francia	193	57,3	298	59,0	306
Italia	120	57,1	477	57,3	479
Malta	...	0,4	...	0,4	...
<i>Med-Noroeste</i>	<i>543</i>	<i>164,1</i>	<i>302</i>	<i>166,3</i>	<i>306</i>
Libia	1,3	4,9	232	6,4	303
Túnez	4,2	8,4	173	9,7	199
Argelia	10,8	26,1	332	31,2	397
Marruecos	11,6	25,4	258	29,6	300
Mauritania	1,0	2,1	1.024	2,6	1.268
<i>Med-Sudoeste</i>	<i>249,0</i>	<i>66,9</i>	<i>269</i>	<i>79,5</i>	<i>319</i>

Fuente: FAO, UNPOP y elaboración propia.

A pesar de que la superficie total del Magreb cuadruplica la de los países europeos del Mediterráneo occidental, la superficie cultivable de estos últimos más que duplica la que disponen aquéllos. Como consecuencia, la población magrebí, que supone sólo un 40 por 100 de la de Europa meridional, presenta sin embargo una densidad económica que se aproxima a la de sus vecinos europeos (269 hab./Km.² frente a 302, en 1992). Y, al ritmo de crecimiento demográfico previsto por la División de Población de las Naciones Unidas, en el año 2000 la densidad económica del Magreb superará a la de Europa meridional (319 hab./Km.² frente a 306).

Estas cifras, desnudas, no reflejan con exactitud la situación. La productividad de las tierras de labor magrebíes es mucho más reducida que la de las de los vecinos europeos. En los cinco países europeos hay 84.000 Km.² de tierras de regadío (15 por 100 de las tierras cultivables); tres cuartas partes están localizadas en España e Italia. Francia tiene, comparativamente, pocas tierras de regadío (6 por 100 de sus tierras cultivables); pero la elevada pluviometría de sus regiones atlánticas hacen el regadío innecesario. En cambio, Portugal, España y sobre todo Italia, mantienen en regadío una parte sustancial de su superficie de cultivo (22 por 100).

El régimen de lluvias del Magreb se sitúa a medio camino del de las regiones secas de Portugal, España e Italia, y del prácticamente inexistente del desierto del Sahara. Eso convierte el regadío en más necesario todavía que en los tres primeros países; sin embargo, el total de tierras regables apenas alcanza 20.000 Km.² (8 por 100 de la superficie cultivable). Si a las ricas tierras de la Francia atlántica se añaden las del Norte de Italia, más afines al cli-

ma templado de Centroeuropa, y las tierras de regadío de la Europa estrictamente mediterránea, se tendrá una extensión agregada equivalente a toda la superficie cultivable del Magreb, en conjunto sometida a un clima semiárido y con sólo un modesto 8 por 100 de tierras de regadío.

No es, por tanto, en absoluto exagerado afirmar que, a lo largo de la década de 1990, la presión de la población magrebí sobre la capacidad autóctona de producir alimentos duplica o triplica la registrada en los países del Sur de Europa. De otra forma, no se concibe que, según datos de la FAO, los países del Magreb hayan importado en 1992 11.000 toneladas de cereales, lo que supone uno de los mayores registros per cápita del mundo en vías de desarrollo, sólo por detrás de Arabia Saudí y Corea del Sur, dos países bastante ricos.

La ruptura de la seguridad alimentaria, provista por la agricultura tradicional, es el primero de los desequilibrios interiores introducidos por el aumento demográfico. Cuando el campo deja de poder alimentar a la población rural, ésta debe emigrar para nutrir el crecimiento de las ciudades y la expansión de las manufacturas; no hay otra solución económica, pues el déficit de alimentos debe ser subsanado con importaciones, y para adquirir éstas se precisa de una industria de exportables con cuyos productos participar en el comercio internacional. A su vez, el crecimiento de las ciudades trae consigo el de los servicios, y el despoblamiento del medio rural facilita la mecanización y modernización de la agricultura¹⁴.

El cuadro 3 muestra la magnitud del cambio en la estructura ocupacional en los cinco países norteafricanos, junto con el intenso proceso de urbanización que ese cambio ha arrastrado.

Es realmente impresionante el proceso de urbanización que ha tenido lugar en el Magreb, asociado a una brusca reducción del empleo agrícola. El cambio ha sido particularmente intenso en los dos países «socialistas»: Libia, donde hace treinta años casi cuatro personas de cada cinco residían en el campo y una en la ciudad, mientras que ahora la proporción se ha invertido; y Argelia, donde tres de cada cinco personas estaban empleadas en la agricultura, y de ellas dos han pasado a estarlo en la industria o los servicios. Como resultado de estos procesos, Libia exhibe ahora mismo una tasa de urbanización comparable a la de Suecia, Alemania o Luxemburgo; y Argelia muestra una estructura ocupacional por sectores semejante a la de Portugal y una tasa de urbanización considerablemente superior.

Cambios tan masivos en la residencia de la población y en sus ocupaciones, que han obligado a familias enteras a romper sus lazos con las instituciones locales de su comunidad de origen, por fuerza han tenido que crear una predisposición en muchos de sus miembros a aventurarse en busca de un futuro mejor más allá de las fronteras nacionales. Las migraciones internas son la antesala de las externas.

(14) Datos de la FAO ponen de relieve que, a pesar del descenso en la población empleada en la agricultura que se estaba registrando, la década de 1980 ha visto aumentar el producto de la agricultura en todo el Magreb, excepto en Libia (donde el producto agrícola de 1991 era sólo el 80 por ciento de una década antes): en Argelia se incrementó el 7 por ciento, en Túnez el 13, en Marruecos nada menos que el 40.

Cuadro 3
CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL
Y EN EL GRADO DE URBANIZACIÓN
(1960-65 / 1990-92 y previsiones 2000)
Porcentajes sobre la población ocupada y total

	Porcentaje de la población ocupada						Población urbana		
	Agricultura		Industria		Servicios		(% del total)		
	1965	1965	1990-92	1990-92	1965	1965	1990-92	1992	2000
	1965	1965	1990-92	1990-92	1960	1960	1992	2000	2000
Libia	41	20	21	30	38	50	23	84	88
Túnez	50	26	21	34	29	40	36	56	60
Argelia	57	18	17	33	26	49	30	53	60
Marruecos	61	46	15	25	24	29	29	47	51
Mauritania	89	69	3	9	8	22	6	50	59

Fuentes: Población ocupada por sectores, OIT.
Población urbana, UNPOP.

6. ACCESO A BIENES Y SERVICIOS NO COMERCIALIZABLES

Estimaciones de la OMS revelan que, excepto en Túnez, donde la población rural está prácticamente a la par con la población urbana, en todo el Magreb la primera está en clara desventaja, comparada con la segunda, en cuanto a servicios de salud, agua potable, saneamiento y nutrición infantil. Así, en Libia, la población rural tan sólo tiene acceso al 80-85 por ciento de los servicios accesibles a la población urbana; en Argelia, al 50-65 por ciento. Marruecos es el país más irregular en este aspecto: mientras toda la población urbana tiene acceso a los servicios básicos, sólo 3 de cada 10 habitantes del campo tiene acceso a servicios de salud; 1 de cada 2 a suministro de agua potable; y 1 de cada 5 a servicios de saneamiento; en cambio, la nutrición infantil está prácticamente a la par en el campo y las ciudades.

Pero, más allá de los servicios básicos, la oferta de servicios un poco más avanzados es francamente insuficiente incluso en las ciudades, conforme a los estándares europeos. El cuadro 4 presenta algunos datos de interés en lo que respecta a acceso de la población en general a servicios básicos de salud y educación. Dicho cuadro muestra que la situación general es bastante aceptable en países como Libia y Túnez, pero no en Argelia y Marruecos. Cualquier ciudadano medianamente informado de estos dos países sabe, por consiguiente, que las oportunidades de que el embarazo de su mujer no termine con su muerte o con la del niño, de que sus hijos nacidos vivos sobrevivan a la infancia, de que se eduquen y a su vez tengan mejores oportunidades que las que él ha conocido, son muy superiores al otro lado del mar, que en algunos puntos está a la vista.

Cuadro 4
INDICADORES DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

	Población con acceso a		1992	1990	1988-90	1985-90	1965	1991
	Salud	Agua p.						
	85-91	88-91	88-91	1990	1988-90	1985-90	1965	1991
Libia	100	93	95	..	76	76	222	..
Túnez	91	99	96	62	60	38	170	556
Argelia	90	70	60	60	226	1.960
Marruecos	63	73	57	37	25	31	124	252

Fuente: Acceso a servicios de salud, agua potable y saneamientos, y porcentajes de embarazos con atención prenatal y partos asistidos por personal de salud, Organización Mundial de la Salud (OMS).

Tasas de alfabetización de adultos y escolarización, UNESCO.

Consumo per cápita de energía, División Estadística de las Naciones Unidas (UNSTAT) y BIRF.

7. CONCLUSIONES

Mientras la teoría neoclásica de los flujos migratorios busca la explicación a los mismos en la existencia de diferenciales en salarios que entran a formar parte de las expectativas de los emigrantes, las teorías institucionalistas se inclinan más bien por explicar esos mismos fenómenos sobre la base de la ruptura de equilibrios internos de las sociedades emisoras de dichos flujos.

Las diferencias entre ambos modos de explicar el mismo fenómeno pueden ser o no profundas. Sin embargo, del estancamiento económico de una sociedad, cuando las sociedades vecinas crecen rápidamente, cabría esperar un fuerte proceso emigratorio, si la teoría neoclásica fuera verdadera. En cambio, del crecimiento económico de una sociedad que provoca ruptura de equilibrios internos siempre cabe esperar procesos migratorios, si las teorías institucionalistas son correctas, aunque los diferenciales salariales no se amplíen o incluso se están reduciendo.

Contrastar empíricamente ambas teorías parece, por el momento, muy difícil, dado que los flujos migratorios se encuentran en la actualidad severamente regulado por los estados receptores. A falta de tales contrastaciones, el presente artículo ha pasado revista a algunos de los factores de desequilibrio interno, provocado por el crecimiento tanto demográfico como económico, que podrían estar detrás de los procesos migratorios en el Mediterráneo occidental. Por lo que concierne al Magreb, entre tales factores destacan: el aumento de la esperanza de vida en presencia de tasas de fecundidad que se resisten a caer, y que se resistirán mientras mayor sea el apoyo de las corrientes islamistas a las formas de vida tradicionales, que incluyen la separación de la mujer del mundo laboral; la relativa rigidez de la oferta de alimentos para sustentar a una población en rápido ascenso sobre una superficie cultivable limitada por factores geográficos y climáticos; la celeridad del proceso de industrialización necesario para producir manufacturas exportables, a cambio de las cuales incrementar la oferta de alimentos; y la intensidad de los procesos de urbanización asociados al crecimiento industrial, que traen consigo ingentes migraciones interiores, rompen los lazos tradicionales de la sociedad civil (muchas veces sin proveer de lazos modernos que los sustituyan), suscitan en los individuos la demanda de servicios no comercializables (con frecuencia sin una oferta que la satisfaga adecuadamente) y los preparan para emigrar allende las fronteras.

Todos estos factores configuran un escenario a medio y largo plazo en el que las migraciones seguirán constituyendo un fenómeno de importancia en el Mediterráneo occidental.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bonifazi, C. (1995): «La Nuova Realità delle Migrazioni Internazionali nell'Europa Meridionale: Problemi di Metodo, Ruolo della Demografia e Caso Italiano», *V Incontro di studio* (Associazione italiana per la collaborazione tra economisti di lingua neolatina/Colegio de Economistas de Madrid), Bertinoro (FO), 19-20 de mayo (mimeo).

- Callovi, G. (1990): «Les migrations internationales, nouveau défi pour l'Europe», en M. A. Roque (ed.), *Els Moviments Humans en el Mediterrani Occidental*, Institut Català d'Estudis Mediterranis, 67-85.
- Cáritas Española (1987): «Los inmigrantes en España», *Documentación Social*, núm. 66, Madrid.
- Castaño, C. y Viaña, E. (1995): «Población y recursos humanos», en J. L. García Delgado (ed.), *Lecciones de Economía Española*, 2.^a ed., Civitas, Madrid.
- Lesser, I. O. (1993): *Security in North Africa. Internal and External Challenges*, Rand, Santa Monia (CA).
- Massey, D. S. (1988): «Economic Development and International Migration in Comparative Perspective», *Population and Development Review*, vol. 14 (3), 383-413.
- Paolo Diacono (1988): *Storia dei Longobardi*, edición bilingüe italiano/latín a cargo de E. Bartolini, TEA, Milán.
- PNUD (1995): *Informe sobre el Desarrollo Humano 1995*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, México.
- Prada, M. A. (1990): «España, de país de emigración a país de inmigración», en M. A. Roque (ed.), *Els Moviments Humans en el Mediterrani Occidental*, Institut Català d'Estudis Mediterranis, 209-241.
- Sáez (1995): «Flujos migratorios y mercado de trabajo: Algunas cuestiones de interés», *V Incontro di studio* (Associazione italiana per la collaborazione tra economisti di lingua neolatina/Colegio de Economistas de Madrid), Bertinoro (FO), 19-20 de mayo (mimeo).
- Solé, C. (1995): *Discriminación Racial en el Mercado de Trabajo*, Consejo Económico y Social, Madrid.
- Tapinos, G. (1994): «International Migrations and Development», *Population Bulletin of the United Nations*, 36, Nueva York.
- Tapinos, G. (1974): *L'Economie des migrations internationales*, Armand Colin, París.

ABSTRACT

The search for an explanation of migratory flows is an old issue. Nowadays, neoclassical economic theory finds such an explanation in wage differentials whereas institutionalist theories do in the breaking of domestic equilibrium within societies of emigration. Empirical evidence to match this disagreement is missing, so far that actual migrations are severely constrained by immigration policies. On account of such a restriction, the present paper attempts to offer some informal, yet non-conclusive evidence on the issue for the Western Mediterranean basin.

Key words: international migrations, regional economics, euromediterranean relations.